

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

Tiempo de Pascua

20 de abril de 2008

No sería bueno pensar que la Pascua, fiesta mayor de los cristianos, se termina cuando acaba la Semana Santa. Esa visión es empobrecedora y de visión corta. Ciertamente mantener la atención y la tensión celebrativa durante la Cincuentena Pascual no resulta fácil; por ello hay que hacer el esfuerzo de vivir los domingos pascuales de manera diferente a como lo hacemos. La riqueza que la Palabra de Dios ofrece en estos domingos es muy notable y ningún corazón que vibre con Cristo puede quedarse indiferente.

El tiempo de Pascua es también ocasión privilegiada para sentir la Iglesia que somos, y para sentir con ella. El Señor resucitado sigue presente en medio de su Pueblo y la vida de éste es la que se va haciendo en una historia de amor, de avances y dificultades, tanto en los retazos narrados por los Hechos de los Apóstoles como en nuestra propia historia contemporánea. Claro que, para que esto suceda hoy, la Palabra de Dios debe seguir cundiendo, de manera que los cristianos tengamos pasión por evangelizar y los pastores fortaleza e ilusión por pastorear. ¡Cuántas veces hemos de anunciar que Cristo es la piedra angular para construir cualquier vida! ¡Con cuánta certeza debemos mostrar en nuestra vida que somos una raza escogida —de todas las razas—, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios para proclamar las hazañas del que nos llamó a salir de las tinieblas y a entrar en su luz maravillosa!

«Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí», dice Jesús. He aquí la